



Seix Barral

Ariel Magnus

El desafortunado





Seix Barral Biblioteca Breve

Ariel Magnus

El desafortunado

IV

Flores para Vera

*Sag mir wo die Blumen sind,
wo sind sie geblieben?
Sag mir wo die Blumen sind,
was ist geschehen?*

¿Por qué tanta mala suerte?

Justo el día en que iba a reencontrarse con su esposa tras siete años de forzada y esforzada separación, la ciudad se quedó sin flores. Se había quedado también sin medios de transporte público, sin diarios, sin atención programada en los hospitales y sin servicio de recolección de basura, después de que los sindicatos adhirieran al duelo nacional. Pero la escasez absoluta de rosas, las flores preferidas de Vera, o en su defecto de fre-

sias o jazmines o un mísero ramito de claveles, esa era la auténtica catástrofe en estas circunstancias.

—Pero si usted aquí flores, y flores no hay, ¿para qué usted aquí? —se desquició Ricardo Klement con el último florista que encontró, a veinte cuadras del hotel.

—Es que estamos esperando que lleguen más desde Chile —comentó el florista con una excitación insultante, debía de ser la primera vez en la vida que se quedaba sin mercadería a las diez de la mañana de un lunes cualquiera, invernal, lluvioso, el día menos indicado para comprarle flores a nadie—. Se nos murió Evita y el pueblo arrasó con todo para homenajearla.

—*Verfluchte Schlampe!* —farfulló Klement toda su frustración y aplastó el cigarrillo contra el suelo, por no aplastar otras cosas.

Al señor de impermeable verde y manos terrosas no le hubiera sido necesario saber alemán para intuir que lo expresado por ese caballero de voz estridente, dura de oír, correspondía a un violento insulto, aunque no hubiera podido identificar que su destinataria era la Jefa Espiritual de la Nación, fallecida la antevíspera por causa de un cáncer de útero (que nunca había utilizado). Como para él un cliente no dejaba de serlo aun si de momento no compraba nada, se limitó a componer un gesto ambiguo, de sepulturero, y volvió a concentrarse en la tijera oxidada con la que ve-

nía haciendo bucles a las cintas de colores que envolverían los ramilletes internacionales.

Klement no tenía tiempo para esperar esa remesa desde el otro lado de la cordillera. El barco de su esposa ya debía de haber atracado y quería estar en el hotel para cuando se la trajesen los encargados de buscarla. Hubiera preferido ir en persona al puerto, volver a visitar las imponentes dársenas donde él mismo había desembarcado dos años antes con apenas quinientos pesos argentinos en el bolsillo y ver su primera mirada de expectativa y estupefacción reflejada en la de su esposa. Estar presente en ese momento habría servido además como señal de que podía descender sin temores a esa tierra bendita, tan segura para los hombres en su situación que había costado convencer a Klement de que podía ser peligroso aparecer en público con esa mujer, a fin de cuentas estaban oficialmente divorciados y bien podía ser que la estuvieran siguiendo agentes enemigos.

Ahora tradujo la furia interna en velocidad de tranco de sus piernas arqueadas, los puños hundidos en los bolsillos agujereados de su sobretodo y el torso inclinado hacia delante con la vista clavada en las baldosas, que alternaban de forma y color de manera espantosamente irregular. Para serenarse se puso a contar sus pasos y comprobó una vez más que daban cien de esquina a esquina, lo que aquí llamaban «cuadra». De ese concepto, y del asociado de «manzana», parecían depender

las ubicaciones y los tamaños de todas las cosas en la ciudad, y por eso habían correspondido a sus primeras palabras en el idioma vernáculo. Que la metáfora elegida para referirse a un cuadrado de cemento fuera su fruta preferida (sobre todo en forma de vino, el delicioso *Apfelwein*) solo podía ser un buen augurio, que quedó confirmado cuando probó una manzana argentina. Por eso se había traído un par de kilos desde Tucumán, quería que fuera lo primero que probaran los nuevos habitantes del país. ¿Cómo no se le había ocurrido entonces sumar unas flores? ¿O acaso no sabía que a esa provincia se la llamaba «el jardín de la República»?

A Klement lo invadió una vez más esa antigua sensación de fracaso que lo acompañaba desde antes de tener él mismo antigüedad en el mundo, al modo de un pecado original de cuño propio. ¡Era un imponderable!, ensayó disculparse. Pero lo cierto es que antes de subirse al tren ya se había enterado de que Evita había fallecido, y llevaba el suficiente tiempo en el país como para saber que todo lo que ocurría en torno a esa mujer era siempre exagerado, descomunal. Al bajarse en Retiro y dirigirse al hotel en compañía de quienes ahora le traerían a su esposa, los mismos *Kameraden* que lo habían recibido a él en su momento, Klement había podido observar la fila infinita, que los argentinos llamaban *india* y que componían con ridículo esmero cada vez que se juntaban más de

tres personas en un mismo sitio. Cuadras y cuadras, manzanas y manzanas de dolientes alineados para darle el último adiós a la Abanderada de los Humildes, cada hombre y cada mujer con su atado de flores, protegiéndose de las lluvias intermitentes con el periódico en el que habían leído la noticia una y otra vez. Lo que más había conmovido a Klement era la cantidad de militares que custodiaban ese serpenteante velorio a cielo abierto. Sus anchos capotes de fieltro y las botas negras de montar le recordaban su propia vestimenta hasta hacía no tanto tiempo, la que le hubiera gustado ponerse para una ocasión tan especial como la de hoy.

Apaciguado por la caminata, o por el conteo de sus pasos, tuvo que admitir que una muerte así, aunque fuera a tan temprana edad, era todo lo que podía soñar un líder de masas. Por no hablar de la esposa de ese líder. Si algo admiraba Klement del general Perón, además del fervor que este provocaba en la gente, era la soltura con que llevaba ese liderazgo compartido, o al menos no exclusivo, con una mujer, para colmo la propia. No era que él, Klement, no tuviera en la más alta estima al sexo femenino, todo lo contrario, pero de ahí a cederle un lugar tan preponderante en la vida pública había lo que se llama un abismo. El poder era algo que cualquier hombre protegía celosamente hasta de sus colaboradores más cercanos, por lo que presentarse acompañado, casi un paso atrás,

implicaba una seguridad que iba más allá de cualquier policía secreta. Era la marca de un poder auténtico. Aun a sabiendas de que su compañera moriría a los treinta y tres años, sin casi tiempo de crecer lo suficiente como para hacerles verdadera sombra, pocos líderes le habrían permitido ganar tal ascendiente sobre sus seguidores.

Con un dejo de resentimiento se preguntó si no habría sido eso lo que le había faltado al líder de su propio pueblo, cuya esposa también se llamaba Eva y había muerto igual de joven, sin hijos. Esas paradójicas semejanzas (¿habrá tenido la Eva argentina un treinta y dosavo de sangre judía, como había descubierto él de la otra?) solo ponían de relieve las diferencias notorias entre la actriz teñida de rubio que había conquistado primero al general y luego a un país entero y la cocinera, rubia de veras, que parecía haber nacido dentro del búnker donde también murió. Y no menor era la diferencia entre ambos maridos respecto a sus medias naranjas, el uno que la había ocultado hasta la muerte, el otro que la mostró desde el primer momento. Klement no supo decirse qué hubiera podido ganar el Führer teniendo a esta otra Eva a su lado. En vista de que luego lo había perdido todo, la pregunta seguía guardando cierta validez. Quizá lo hubiese distraído con sus encantos, sin quererlo, de la idea idiota de invadir Rusia.

Se detuvo a encenderse un nuevo Condal en una esquina, ya llegando a la parte de la ciudad

que al momento de su arribo, un invierno húmedo como este, le había recordado tanto al centro de Viena o de Berlín o de París. Hasta entonces solo había conocido, fuera de esas y otras ciudades europeas, las del Oriente Próximo por las que había pasado antes de la guerra en su fallido viaje de interiorización sobre el movimiento sionista. Como a Moisés, no le habían permitido entrar a la Tierra Prometida, donde planeaba reunirse con el Gran Muftí de Jerusalén, aunque eso no le impediría ufanarse de su amistad en el futuro. De ahí que esperara algo parecido de este occidente lejano, sin gente envuelta en túnicas ni mezquitas de cúpulas relucientes pero con la misma precariedad edilicia a la vera de calles mayoritariamente de tierra surcadas por muchos pies descalzos. Y aunque el prejuicio había quedado saldado con creces más tarde, cuando se mudó a una zona rural del noroeste, cada vez que volvía a Buenos Aires seguía sin poder acostumbrarse a contemplar, de este lado del mundo, una ciudad cuyo casco antiguo podría haber sobresalido por su opulencia incluso estando del otro. Era verdad que las fachadas decimonónicas, buena parte de ellas descoloridas y hasta desconchadas, alternaban con edificios modernos, informes, de una escrupulosa fealdad, y que el adoquinado acumulaba contra sus flancos una cantidad de basura insólita, sobre todo por su constancia, como si la produjeran con sus escobazos negligentes los barrenderos encar-

gados de limpiarla; también era cierto que detrás del atildamiento de los transeúntes, que se repasaban la línea del pantalón casi tanto como la del pelo, asomaban con demasiada frecuencia marcas de que no podía faltar mucho para que esas prendas se deshilaran *irremendablemente*; nada de eso se le escapaba ahora a Klement, pero así y todo Buenos Aires, con sus cines y sus teatros y sus tiendas a todo lujo, seguía siendo la ciudad europea que le pareció en un principio, cuando lo llevaron de prisa desde el puerto a una pensión alejada del centro, como si efectivamente siguiera estando en el continente donde no debía dejarse ver. Esa primera noche, al acostarse, su sensación fue la de haber transitado un sueño, un sueño hecho con los escombros de la pesadilla que había dejado atrás: por cada piedra que del otro lado había caído bajo el peso de una bomba aliada, aquí se habían levantado otras, silvestremente, como hongos. Al despertar al otro día, Argentina ya no le parecía un refugio de urgencia, el último lugar del mundo al que había logrado huir para conservar la libertad y acaso la vida, sino un segundo hogar, continuación del primero, arquitectónicamente predestinado desde el principio de la debacle para albergar a los perdedores.

Al resonante nombre de ese país casi antártico se lo había topado por primera vez en el marco de sus estudios hebreos, cuando le ordenaron leer y resumir *El Estado judío*, del austriaco Theodor

Herzl, como introducción a su nuevo puesto en la oficina de asuntos judíos del flamante gobierno nacionalsocialista. En esa biblia del sionismo, el padre político del movimiento proponía Argentina como alternativa para el caso de que el retorno a Eretz Israel resultara inviable, resaltando que se trataba de una de las naciones más ricas del planeta, de dimensiones tan inmensas como escasa era su población. Mucho antes de que surgiera la idea de enviar a los judíos a la colonia francesa de Madagascar o de concentrarlos en Nisko, Polonia, el entonces *Untersturmführer* había vuelto a pensar en Herzl y en la posibilidad de hacer realidad aquel sueño, menos en términos prácticos (su área de *expertise* eran los trenes, no el tráfico marítimo) que en términos teóricos. Pero tanto se regodeó en la fantasía de que el aporte le granjeara un «caramelo», como llamaba a las insignias de ascenso en el escalafón de las SS, que al final la iniciativa había perdido impulso en su fuero interno y acabó en el olvido, igual que más tarde la polaca y la africana. Resultaba gracioso, si se ponía a pensarlo, que esta tierra prometida suplente acabara siendo no la solución al problema judío, sino al que se había creado él mismo tratando de solucionarlo.

Llegó al hotel Majestic de Avenida de Mayo, que había elegido porque le recordaba al hotel Majestic de Budapest, desde donde organizó (intentó organizar) el trueque de un millón de judíos húngaros a cambio de diez mil camiones. Cruzó el lob-

by que adornaba desde la víspera un improvisado altar a la Dama de la Esperanza, como también se conocía a la fallecida, y oprimió el botón junto a las negras rejas de hierro forjado. Al mismo tiempo que la cabina móvil, aunque a una velocidad notoriamente mayor, lo que cayó desde las alturas hacia la cabeza de Klement fue una idea. Giró sobre sus talones, rehízo los pasos hasta la mesita con foto y florero ubicada contra un espejo lateral de marco dorado y se plantó para acomodarse la corbata y lo poco que le quedaba de pelo desde el centro del estirado cráneo hacia la retaguardia. Volvió a calzarse el sombrero y se quedó mirando el bigote entrecano que disimulaba la asimetría congénita de su rostro enjuto, del que sobresalían como implantes la larga nariz, puras narinas rematadas en un pequeño mentón partido, y las orejas anchas, de judío, como no habían dejado de observar sus antiguos camaradas a sus espaldas, subestimando la amplitud también de su poder de escucha.

El ascensor tocó tierra y con un rápido movimiento, la vista puesta de reojo en la recepción, donde un joven de librea completaba unos registros, las flores para Eva pasaron a ser flores para Vera.